

Construcción del objeto político para la participación: una mirada desde el interaccionismo simbólico y la fenomenología social de Alfred Schütz en diálogo con la perspectiva arendtiana

Construction of the political object for participation: a look from the symbolic interactionism and social phenomenology of Alfred Schütz in dialog with the Arendtian perspective

Construção do objeto político para a participação: um olhar a partir do interacionismo simbólico e da fenomenologia social de Alfred Schütz em diálogo com a perspectiva arendtiana

Cómo citar este artículo en APA:

Arévalo Navarro, G. (2019). Construcción del objeto político para la participación: una mirada desde el interaccionismo simbólico y la fenomenología social de Alfred Schütz en diálogo con la perspectiva arendtiana. *Analecta Política*, 9(17), 254-276.

Fecha de recepción:

04.03.2019

Fecha de aceptación:

10.10.2019

GREGORIO ARÉVALO NAVARRO 

Magister en Estudios Políticos

Universidad de Antioquia, Colombia

Correo electrónico: gregorio.arevalo@udea.edu.co

Resumen

Este artículo analiza el objeto político como producto de la interacción social y su relación con el accionar de sujetos políticos en la esfera pública. Es el resultado de la fundamentación teórica de la investigación denominada “Concepción política y participación juvenil en el municipio de Girardota Antioquia”, cuyo enfoque metodológico es de carácter cualitativo. En una primera parte, se exponen los principios del interaccionismo simbólico desde la perspectiva de Blumer y Mead, para determinar la concepción del objeto y su significatividad. En una segunda parte se hace una disertación de la mano de Schütz sobre el asunto del significado, su construcción en la interacción y su interpretación en la misma. Finalmente, de la mano de Arendt, se busca establecer una relación entre lo político como objeto con significado construido socialmente y la manera como los sujetos se apropian de estos significados para la participación política en la esfera pública. Con ello se determina que el accionar político de los sujetos, es la praxis de significados que han sido interiorizados mediante un proceso natural de interacción que, convertidos en motor de acción, configuran en el individuo una postura como sujeto político.

Al tratar lo político desde las perspectivas planteadas en el artículo, aparte de considerar una transdisciplinariedad en la aprehensión del objeto investigado que podría marcar un posible derrotero, se pone de relieve el carácter intersubjetivo de las relaciones políticas y, al hacerlo, la cotidianidad y el mundo de la vida del individuo, en términos de lo político, cobra sentido.

Palabras clave: interacción social; sujeto político; esfera pública; intersubjetividad.

Abstract

This article analyzes the political object as a product of social interaction and its relationship with the actions of political subjects in the public sphere. It is the result of the theoretical foundation present in the qualitative study called “Political conception and youth participation in the municipality of Girardota, Antioquia”. The first part addresses the principles of symbolic interactionism from the perspective of Blumer and Mead, to determine the conception of the object and its significance. The second part is a dissertation based on Schütz on the issue of meaning, its construction in the interaction and its interpretation in this one. Finally, by the hand of Arendt, we seek to establish a relationship between the political as an object with socially constructed meanings and the way in which the subjects appropriate those meanings for political participation in the public sphere. Thereby, it can be determined that the political

actions of the subjects are the praxis of meanings internalized in them by means of a natural process of interaction. Now converted into an engine of action, those meanings configure a position as a political subject in the individual.

When dealing with politics from the perspectives outlined in the article, apart from considering a transdisciplinarity in the apprehension of the object under investigation that could mark a possible course of action, the intersubjective nature of political relations is highlighted. In doing so, in political terms, the individual's world and everyday life make sense.

Keywords: social interaction; political subject; public sphere; intersubjectivity

Resumo

Este artigo analisa o objeto político como produto da interação social e sua relação com as ações dos sujeitos políticos na esfera pública. É resultado do embasamento teórico da investigação intitulada “Concepção política e participação dos jovens no município de Girardota Antioquia”, cuja abordagem metodológica é qualitativa. Na primeira parte apresentam-se os princípios do interacionismo simbólico sob a perspectiva de Blumer y Mead, para determinar a concepção do objeto e sua capacidade de significado. Na segunda tomam-se as teorias de Schütz para o desenvolvimento de uma dissertação ao respeito do significado, sua construção na interação e sua interpretação na mesma instância. Finalmente, da mão de Arendt, procura se estabelecer uma relação entre o político como objeto com significado construído socialmente e a maneira como os sujeitos apropriam-se destes significados para a participação política na esfera pública. Com isto determina-se que a maneira como atuam os sujeitos na política, corresponde com a práxis dos significados dos quais têm-se apropriado graças a um processo natural de interação que, convertido em motor de ação, configura no indivíduo sua postura como sujeito político.

Ao tratar com a política a partir das perspectivas descritas no artigo, além de considerar uma transdisciplinaridade na apreensão do objeto sob investigação que poderia marcar um possível curso, destaca-se a natureza intersubjetiva das relações políticas e, ao fazê-lo, a vida cotidiana e o mundo da vida do indivíduo, em termos políticos, começa a fazer sentido.

Palavras-chave: interação social; sujeito político; esfera pública; intersubjetividade.

La construcción social del objeto en Blumer y Mead

El objeto en el interaccionismo simbólico es definido por Blumer (1982) “como todo aquello que puede ser indicado, todo lo que puede señalarse o a lo cual puede hacerse referencia” (p. 8); sin embargo, el significado de este no es unívoco. Esto quiere decir que no todos aquellos individuos que participan en la interacción poseen la misma concepción del objeto, por tanto, este no es revestido de similar importancia. La orientación de los actos humanos hacia este dependerá del significado que encierre para el sujeto que actúa. Blumer lo deja claro al advertir:

Un mismo objeto puede tener distintos significados para diferentes individuos: un árbol será diferente según que lo considere un botánico, un leñador, un poeta o un jardinero; el presidente de los Estados Unidos puede ser un objeto completamente distinto para un miembro leal de su partido que para uno de la oposición, los miembros de un grupo étnico pueden ser considerados como distintos tipos de objeto por los miembros de otros grupos. (p. 8)

La forma como un objeto adquiere significado para un individuo depende del proceso de interacción¹ con el “otro”, puesto que es ese “otro” quien le define su significado a través de su actuación frente a él y la manera como habla de este; así, las percepciones las afronta “entablando un proceso [de] autoindicación mediante el cual convierte en objeto aquello que percibe, le confiere un significado y utiliza este como pauta para orientar su acción” (Blumer, 1982, p. 11). Los significados no son productos de “procesos mentales aislados”, sino que ellos son de naturaleza externa a los individuos, lo que es igual a afirmar que su naturaleza es social, es decir, “el significado de las cosas se forma en el contexto de la interacción social y es deducido por la persona a través de esta” (p. 4). Ritzer (2002), al referirse al fundamento que guía al interaccionismo simbólico, afirma que “la preocupación central no reside en el modo en que las personas crean mentalmente los significados y los símbolos, sino en el modo en que los aprenden durante la interacción en general y la socialización en particular” (p. 273).

Las personas actúan en un mundo de objetos que son definidos y dotados de significado en el proceso de interacción. No obstante, el significado que estos

¹ Blumer (1982) da un alto valor a la interacción al considerarla como “un proceso que *forma* el comportamiento humano, en lugar de ser un simple medio o marco para la expresión y liberación del mismo” (p. 6).

encierran no es igual para todos en la premisa de hacer parte del mismo entorno, porque, aun si es producto de un proceso de construcción social, está limitado por el hecho de que no todos comparten su misma concepción, dado que “cada individuo interpreta y construye cognitivamente el mundo entorno y actúa en consecuencia con la definición que da de una determinada situación” (Carabaña-Emilio, y De Espinosa, 1978, p. 172), lo que es igual a indicar que los individuos se relacionan con los objetos del mundo en virtud del significado que estos tienen para ellos; aquí se entiende el significado a la manera de Mead (1982) como una emanación del “acto social”,² que se hace consciente cuando se encuentra asociado a símbolos.

Es precisamente el símbolo lo que hace evidente el significado del objeto³ dentro de la interacción. Funciona del modo en que las personas comunican simbólicamente significados, que son interpretados por otro u otros y orientan su respuesta en función de la interpretación de la situación, todo dentro de un proceso de influencia mutua (Ritzer, 2002, p. 275). De ahí que el símbolo se convierta en el elemento más importante de la interacción, porque es el eje central de la comunicación humana. En efecto, los seres humanos interactuamos a través de “un vasto sistema de símbolos” formado por palabras, gestos e imágenes. Estos les permiten a los individuos no ser agentes pasivos frente a la realidad, sino crear y recrear su mundo, y orientar sus actos en función de lo que las cosas significan o simbolizan para ellos.

Visto desde esta perspectiva, los individuos desarrollan su existencia en una maraña de símbolos que sugieren el significado que tienen para sí los objetos. Ellos deben ser interpretados en el acto social mediante un proceso que para Blumer (1982) se cumple en dos etapas.

En primer lugar, el agente se indica a sí mismo cuáles son las cosas a las que se encaminan sus actos, es decir, debe señalarse a sí mismo las cosas que poseen

² “El acto social, aunque realizado físicamente por los individuos, es donde las acciones de estos tienen lugar y por lo tanto debe ser estudiado para poder entender al individuo, para que sus actos tengan sentido. El acto social se define en función del objeto social. Es un acto colectivo que implica la participación de dos o más individuos y el objeto social es también un objeto colectivo que tiene un significado compartido por los miembros del grupo. La vida entera puede verse como un acto social, pues a partir de ellos crea la sociedad su realidad” (Lera, 2002, p. 7).

³ En este sentido, “la naturaleza de un objeto —de todos y cada uno de ellos— consiste en el significado que este encierra para la persona que como tal lo considera. El significado determinará el modo en que una persona ve el objeto, la manera en que está dispuesto a actuar con respecto al mismo y la forma en la cual se dispone a hablar de él” (Blumer, 1982, p. 8).

significado. Tales indicaciones constituyen un proceso social interiorizado, puesto que el agente está “interactuando” consigo mismo. Esta interacción es algo más que una acción recíproca de elementos psicológicos; es una instancia de la persona enfrascada en un proceso de comunicación consigo misma. En segundo lugar, y como resultado de este proceso, la comunicación se convierte en una manipulación de significados. El agente selecciona, verifica, elimina, reagrupa y transforma los significados a tenor de la situación en la que se halla inmerso y de la dirección de su acto (Blumer, 1982, p. 4).

Estos dos procesos señalados por Blumer (1982) se constituyen en esenciales para entender el proceso que lleva a los individuos a tomar del medio los significados a través de la interacción y la socialización, para luego, a través de un proceso de interacción consigo mismo, determinar, de acuerdo con una jerarquización de significados, su accionar hacia situaciones concretas; pero, además, el proceso interno del individuo de connotaciones comunicacionales le permite verse a sí mismo como un objeto con significado, esto es, con “capacidad de verse desde los otros, de integrar las perspectivas de los otros en un objeto para sí mismo” (Carabaña-Emilio y De Espinosa, 1978, p. 164). Se determina así un “sí mismo” producto de una relación que parte de la experiencia del individuo con el medio social hasta anclarse desde el punto de vista de la conciencia, por lo que, a consideración de Cisneros (1999):

La sociedad, en tanto espacio de interrelaciones humanas, significa realmente un ambiente de experiencias generadoras de conciencia. Pero este ambiente no es un determinante externo puesto que... no se trata de un ambiente construido por cada hombre en su interrelación con los demás, es un ambiente de los sí mismos (*selves* en inglés) que se reflejan unos a otros. (p. 105)

Encontramos aquí un proceso que involucra una interacción entre individuo y sociedad en virtud de que el acto social necesariamente involucra a dos o más personas. Esta relación no se presenta de una manera irreflexiva en la que los individuos de forma conductista reaccionan a un estímulo del entorno donde se desenvuelven, sino que, tal se ha sugerido, se hace por medio de “símbolos significantes”, como los gestos y el lenguaje. Este hecho es lo que diferencia a los seres humanos de los animales, porque permite rastrear el sentido que tienen en sus acciones más allá del plano simplemente instintivo.

En este orden de ideas, la socialización, entendida como una forma específica de interacción social, que implica un proceso dinámico en el que el individuo,

no solo es un receptor de información del medio donde se desenvuelve cotidianamente, sino que da forma y adapta la información a sus necesidades, comprende el desarrollo de una conciencia que sobrepasa la idea del actor social que en forma conductista es movido por fuerzas externas. Su fundamento radica en la capacidad de interpretación y aprendizaje del significado de los objetos que hacen parte de su mundo y de acuerdo con ello orienta su acción.

En definitiva, para el interaccionismo simbólico, la conciencia en los seres humanos es producto de la sociedad. En ese sentido, la interacción social es un proceso que marca un fluir de significados que deben ser interpretados por los sujetos para definir los rumbos de la acción. De igual forma, en todo el proceso los objetos adquieren significados resultantes de la experiencia comunicacional con los “otros” y consigo mismo. De ahí que la sociedad se convierta en espejo que actúa como ambiente donde se desempeñan papeles previamente definidos por las interacciones con los otros en esa sociedad, porque, según Blumer (1982),

ante los actos ajenos una persona puede abandonar una intención o propósito, reconsiderarla, verificarla o cancelarla, intensificarla o sustituirla. Los actos de los demás se incluyen en la decisión de una persona respecto de lo que proyecta hacer, pueden oponerse o impedir tal proyecto, exigir una revisión o motivar un planteamiento muy distinto del mismo. (p. 6)

Así pues, la manera como los individuos se desenvuelven en su cotidianidad por medio de los roles que desempeñan, y en consecuencia la adquisición de los significados que actúan siendo motores de acción, vienen dados por una relación experiencial entre una biografía individual y los contextos estructurales en los que transcurre el mundo de la vida; dicho de otro modo, las vivencias individuales asumidas experiencias dentro de contextos de significados configuran la “situación biográfica” de los individuos; es decir, la forma específica en que estos se sitúan en la vida para adquirir, construir e interpretar los significados que le presenta su cotidianidad.

La adquisición de significados en la interacción: una mirada desde Schütz

Como ya se ha expuesto, la vida del ser humano discurre en una maraña de relaciones que lo conectan con un mundo de significados en el que funge como

actor que acomete acciones conscientes.⁴ Estas acciones están determinadas por un antes, un ahora y un después en la biografía del individuo, así es sugerido por Schütz (1962), cuando en la búsqueda de un análisis de las “construcciones de objetos propias del sentido común”, afirma:

Tratemos de caracterizar el modo en que el adulto alerta contempla el mundo intersubjetivo de la vida cotidiana, en cuyo interior y sobre el cual actúa como un hombre entre sus semejantes. Ese mundo existía antes de nacer nosotros, y era experimentado e interpretado por otros, nuestros predecesores, como un mundo organizado. Ahora es ofrecido a nuestra experiencia e interpretación. Toda interpretación de este mundo se basa en un acervo de experiencias previas sobre él, que son nuestras o nos han sido transmitidas por padres o maestros; esas experiencias funcionan como un esquema de referencia en forma de “conocimiento a mano” [...] A este acervo de conocimiento a mano pertenece nuestro conocimiento de que el mundo en que vivimos es un mundo de objetos más o menos bien determinados, con cualidades más o menos definidas, entre los cuales nos movemos, que se nos resisten y sobre los cuales podemos actuar. Sin embargo, ninguno de esos objetos es percibido como si estuviera aislado, sino como situado desde un primer momento desde un horizonte de familiaridad y trato previo. (pp. 38-39)

Ese mundo construido donde actúan los individuos se funda en el acervo cultural al encontrarse plagado de símbolos⁵ y significados que, al ser productos del accionar humano de contemporáneos y predecesores, no se deben desconocer al determinar la intencionalidad⁶ de la acción de sujetos individuales o colectivos. El entramado cultural es, entonces, una amalgama de sentidos que deben ser interpretados, pero más allá de eso están los individuos que los construyen. De ahí que para Schütz (1962):

No puedo comprender un objeto cultural sin referirlo a la actividad humana en la cual se origina [...] no comprendo una herramienta si no conozco el propósito

⁴ Para Schütz (1993): “Una acción es consciente en el sentido de que antes de que la realicemos, tenemos en nuestra mente una imagen de lo que vamos a hacer” (p. 92).

⁵ Berger y Luckmann (2003) ven la realidad constituidas por “universos simbólicos” que “se conciben como la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales; toda la sociedad histórica y biográfica de un individuo se ven como hechos que ocurren dentro de ese universo [...]. El universo simbólico se construye, por supuesto, de objetivaciones sociales” (p. 123), la objetivación se logra a partir de secuencias experienciales referidas a un objeto, siempre dentro de un contexto de significados.

⁶ Ello porque para Schütz (1993) “el significado es meramente una operación de intencionalidad que, no obstante, solo se vuelve visible a la mirada reflexiva” (p. 82).

para el cual fue ideada, un signo o un símbolo si no sé qué representa en la mente de la persona que lo usa, una institución sin comprender qué significa para los individuos que orientan su conducta con respecto a su existencia. (p. 41)

Esta consideración es esencial por ser punto de referencia para el inicio de la concepción de la comprensión del sentido que los actores impregnan a la acción, también por ser fundamento que lleva a la forma como se adquieren los significados, pues, como se ha señalado, la construcción simbólica de las relaciones sociales no escapa al resorte de los mismos sujetos. Por eso, al indagar los fundamentos del símbolo, su significado y su comprensión, la tarea primordial es el análisis, desde las relaciones intersubjetivas, de la forma en que se construyen en la cotidianidad como elementos que hacen parte del proyecto biográfico de los individuos, referido necesariamente a un otro con el que me encuentro en un mundo natural y sociocultural. Para Schütz (1963), esto significa:

Este mundo no es solo mi ambiente sino también el de mis semejantes; además estos semejantes son elementos de mi propia situación como yo lo soy de la ellos. Al actuar sobre los Otros y al recibir las acciones de ellos, conozco esta relación mutua, y este conocimiento también implica que ellos, los Otros, experimentan un mundo común de una manera sustancialmente similar a la mía. También ellos se encuentran en una situación biográfica única dentro de un mundo que está estructurado, como el mío, en términos de alcance actual y potencial, agrupados alrededor de su Aquí y Ahora actuales en el centro de las mismas dimensiones y direcciones de espacio y tiempo, en un mundo históricamente dado de la naturaleza, la sociedad y la cultura. (p. 280)

Hablar de este mundo intersubjetivo del individuo implica asumir que es un mundo fundado en la interacción dentro de un espacio temporal, convertido en cotidianidad de actores cargados de significados.⁷ La significatividad, entonces, se convierte en un elemento primordial cuando de entender la acción social de los sujetos se trata; de hecho, la enorme discrepancia entre Schütz y Weber radica en la poca claridad del segundo para diferenciar entre “significado” y “motivo”, y la vaguedad con la que asume el concepto de *acción social*.

Para resolver esta cuestión de la comprensión del mundo social intersubjetivo, Schütz (1993) se aparta del “método estrictamente fenomenológico” (p.127) al considerar que el análisis supera el “significado del motivo y de la estructura de lo

⁷ Schütz (1962) considera que el significado es intersubjetivo en virtud de que es construido en relación con los “otros” en la vida cotidiana.

significativo dentro de la conciencia del yo solitario” (p.125) , para adentrarse en la “esfera del significado social y de la interpretación del yo del otro” (p.125) , en consideración a que el ser humano se encuentra en un mundo preinterpretado, al que Schütz llama “del sentido común”, donde “las nociones de la situación biográficamente determinada, el acervo de conocimiento a mano y la definición de la situación son guías seguras para la interpretar la realidad social” (Natanson, 1962, p. 27).

Esta referencia conduce necesariamente al sistema de significados que se comparten con los semejantes y que se erigen en fundamentos de la interacción; en este sentido, según Natanson (1962), “decido un curso de acción en un sentido y no en otro, a la luz de lo que considero significativo con respecto a mis más profundas convicciones e intereses” (p. 27), lo que significa una heterogeneidad entre los actos que acometo como ser social y los de mis semejantes; pero esto no es óbice para la construcción de un “nosotros” con los cuales establecer intercambios de acciones y significados.

El símbolo y el significado de la acción social

Al dilucidar la naturaleza intersubjetiva de la vida cotidiana, en la búsqueda por encontrar una definición del concepto de *significado*, hay que considerar que este se hace posible en la interacción simbólica humana, pero no “emana de la estructura intrínseca de la cosa que lo posee” (Blumer, 1982, pp. 3-4). Tampoco, asegura el autor, de una “fusión de elementos psicológico”, sino que proviene del “proceso de interacción entre los individuos”. Es decir, la interacción simbólica emana de la capacidad que tiene el ser humano de trascender el objeto hasta convertirlo en representacional (con significatividad) dentro del proceso de interacción social. Esto implica un carácter significativo de la interacción en tanto no desconoce la carga de significados ya existentes, construidos por los predecesores, de los cuales hace uso. Estos se instituyen contextos significativos sobre los que se interpretan las acciones significativas de los individuos, llámese también cultura. De ahí que Schütz (1962), al hacer referencia a esta realidad simbólica como sentido común, afirme:

Las colectividades sociales y las relaciones institucionalizadas, no son, como tales, entidades del ámbito de sentido de la realidad cotidiana, sino construcciones de pensamiento de sentido común que tienen su realidad en otros subuniversos, tal

vez el que William James llama el subuniverso de las relaciones ideales. Por esta razón solo podemos aprehenderlas simbólicamente; pero los símbolos que las representan pertenecen a la realidad eminente y motivan nuestras acciones dentro de ella. (p. 313)

El mundo se le presenta al ser humano desde lo natural, es decir, la relación entre él y los objetos que lo rodean, en lo que para Schütz (1962) es el mundo de la vida cotidiana. Este es un mundo objetivo, delimitado y ordenado por los objetos físicos. Pero el mundo no termina en estos objetos físicos, sino que trasciende por la posibilidad que tienen los individuos de superar el objeto y convertirlo en una representación significativa que se incorpora a la vida cotidiana para ser un elemento estructurante de la interacción humana. Al hacer hincapié en esta posibilidad exclusiva de los seres humanos, Schütz hace uso de las palabras del teórico norteamericano Eric Voegelin, cuando, al referirse al símbolo en las sociedades humanas y las organizaciones políticas, afirma:

La autoiluminación de la sociedad mediante símbolos es parte integrante de la realidad social, e incluso, podríamos decir, su parte esencial, pues mediante tal simbolización los miembros de la sociedad la experimentan como más que un accidente o una cuestión de conveniencia; la experimentan como propia de su esencia humana. Y a la inversa, los símbolos expresan la experiencia de que el hombre es totalmente hombre en virtud de su participación en una totalidad que trasciende su existencia particular. (Voegelin, 1952, citado por Schütz, 1962, p. 300)

En este sentido, el significado se encuentra en línea directa de relación entre los individuos y los objetos convertidos en símbolos representacionales, que han dejado de ser parte de un simple mundo objetivo y se convierten en un universo representacional que debe ser interpretado. De esta manera:

Las referencias apresentationales⁸ permiten acceder a la trascendencia de los objetos del mundo que no están al alcance actual y a la trascendencia del Otro y su mundo —esto es, la trascendencia de los pensamientos y los proyectos de las personas con las que nos interrelacionamos en el mundo de la vida cotidiana. (Acevedo, 2011, p. 86)

⁸ Schütz (1962) se refiere a la simbolización como una referencia apresentational de orden superior, es decir, que se basa en referencias apresentationales preformadas, tales como marcas, indicaciones, signos o aun símbolos (p. 301).

No obstante, dado que para Schütz (1993) al ser humano le es imposible acceder a la mente del otro, lo único que vivencia son objetos físicos, y dentro de ellos movimientos corporales, posee una limitación en el momento de acceder al significado de la acción del otro, porque considera que, contrario a la idea weberiana de comprensión de la acción social, “el significado subjetivo de la conducta de otra persona no tiene por qué ser idéntico al significado que su conducta externa percibida tiene para mí” (p. 50). Debido a esta subjetividad y al estar “dentro de la corriente única de conciencia” (p.129) del individuo, se torna inaccesible para los otros individuos.

Así, las vivencias de los otros tienen significados susceptibles de ser leídos, pero pueden existir diferencias entre la autoexplicación y la interpretación de la experiencia por otra persona. Esta limitante no borra de tajo el hecho de que se pueda acceder a la subjetividad de la persona que actúa para aprehender de manera “signitativa”, por medio de la percepción, lo que está detrás de sus “vivencias”. En esa medida, “solo aprehendo las vivencias de otros mediante la representación signitativo-simbólica, y considero su cuerpo o cualquier artefacto cultural que él haya producido como un campo de expresión de sus vivencias” (Schütz, 1993, p. 130). En otros términos, la interpretación de las vivencias de los otros involucra algo más que la simple observación de las acciones de los individuos, implica una conexión con el contexto significativo de quien interpreta. Esto hace que quien interpreta esté en la misma línea experiencial del que es interpretado.

Aquí los “signos”, las “expresiones” o los “símbolos” cobran para Schütz (1993) una relevancia especial, debido a que, en un ambiente comunicativo de sentido común, permite el acceso al “sentido” y significado que los otros imprimen a su acción, en razón de que, “cuando observamos un símbolo, que es en sentido amplio un objeto externo, no lo miramos como objeto, sino como representativo de algo más. Cuando ‘comprendemos’ un signo, nuestra atención no se enfoca sobre el signo mismo sino sobre aquello en lugar de lo cual este está” (p. 148).

Los elementos significativos hacen parte del carácter intersubjetivo de la realidad cotidiana, en la que los individuos inmersos en un “sistema de signos”⁹ poseen la facultad de interpretar signos de una manera objetiva.¹⁰ Los signos lin-

9 Según Schütz (1993), “el sistema de signos está presente para quien lo comprende como un contexto significativo de un orden superior entre signos previamente experimentados [...] Todo sistema de signos es, por lo tanto, un esquema de nuestra experiencia” (pp. 150-151).

10 “Un signo tiene un ‘significado objetivo’ dentro de su sistema de signos cuando puede ser coordinado en forma inteligible con lo que designa dentro de ese sistema, independientemente de quién lo esté utilizando o interpretando” (Schütz, 1993, p. 152).

güísticos asumidos como lenguaje humano, además de permitir la comunicación, dotan de significados los objetos y propician que las personas actúen de acuerdo con ese significado. Estas representaciones del mundo cotidiano se convierten en motor de acción en la medida en que ejercen una influencia en la forma como los sujetos ven el mundo y actúan en él. En palabras de Castillo y Naranjo (2003):

La percepción de la realidad, gracias a nuestros sentidos, nos permite elaborar ideas de ella, ideas que asociadas a palabras, conforman nuestras representaciones, que, en últimas, se convierten en universos simbólicos, estos a su vez, nos permiten compartir nuestras representaciones, que una vez conocidas por otros ganan forma, se enriquecen y se aceptan en acuerdos comunes, lo que nos constituye como personas que aprenden a convivir con las demás. Estas representaciones posibilitan, por tanto, el conocer y el conocimiento. El primero entendido como la aprehensión de la realidad y el segundo como la explicación, comprensión o interpretación de la misma. (p. 156)

En otras palabras, el ser humano construye universos simbólicos, se apropia de los ya existentes y los incorpora como motores de acción en su desenvolvimiento cotidiano. Las relaciones que teje con sus “congéneres” se encuentran mediadas por el conocimiento que se tiene de estos, de tal manera que existe una la realidad compartida en la que las acciones adquieren significados en espacios temporales que permiten el transcurrir de la biografía de los sujetos. Esos espacios, a su vez, son lugares comunes que no se agotan en el sentido físico del término, sino que trascienden el plano representacional cuya significatividad hace posible que se configuren como espacios vitales para los individuos. En otras palabras, la relación intersubjetiva de los individuos hace posible que los espacios y los objetos con los que interactúan fluyan como signos lingüísticos que configuran una amalgama de símbolos cuyo significado es interpretado en la interacción social.

Lo anterior atraviesa cualquier análisis que se haga de la realidad humana, pero sobre todo aquella en la que las personas se involucran como sujetos de acción que necesariamente llevan aparejados un cúmulo de relaciones en escenarios que se convierten en espacios simbólicos que superan lo puramente físico. Los escenarios determinan una forma de actuar, un conocimiento particular guiado por el rol que el sujeto cumple en ellos. De esta forma, se propician espacios de comunicación interpersonal que tienen una función fundamental, pues en la interacción conversacional hay un intercambio de imágenes, valores, opiniones, juicios, en los que se constituyen y emergen las representaciones sociales. Cada quien pone de manifiesto sus significados y el valor que les adjudica a los códigos con los que se comunican, e incluso los sujetos y sus relaciones poseen connotaciones simbólicas

que se vuelven comunicación por medio del lenguaje significante; ello exige una serie de conocimientos y códigos comunes que hacen posible la interacción.

Todo lo dicho hasta ahora es fundamental para comprender las acciones políticas de los individuos, en el sentido en que lo político es objeto significativo en la interacción humana, es decir, es una construcción simbólica constituida con antelación a los individuos, que sirve de referente para la generación de nuevos significados. Ellos, necesariamente, son productos de las relaciones entre sujetos que actúan en un contexto significativo aprehendido por medio del lenguaje y sobre el cual se tiene conocimiento. De esta manera, las acciones políticas de los individuos generan interpretaciones en los otros y según esas interpretaciones se generan percepciones ante objetos, sujetos y hechos, de modo que son estos aspectos significativos en la construcción de la concepción de lo político que tenga un individuo y la sociedad en general.

Así, el análisis del carácter procesual de la construcción de significados por parte de los individuos marca una pauta metodológica en el intento por la comprensión de los elementos que hacen de la participación ciudadana una puesta en escena de significados aprendidos, que determinan una conciencia de lo público externalizada en roles y acciones colectivas enmarcadas en una cultura política y estructuras de poder institucionalizadas. El proceso de adquisición de significados, afincado en las relaciones humanas de horizontalidad en las estructuras sociales, es fuente nutricia que constituye un elemento esencial en el análisis de los sujetos de la acción política. En tal sentido, los roles desempeñados por estos y el acercamiento a la política como objeto con significado, tiene su origen en procesos de socialización e interacción que se encuentran atravesados por elementos de la cultura política a la cual pertenecen.

Un diálogo entre Arendt, el interaccionismo simbólico y la fenomenología social de Schütz

El mundo de la vida de los individuos, entendido como realidad de la vida cotidiana, es, según afirma Schütz (1993), un mundo de intersubjetividades, de relación constante con los otros, es decir, no es un mundo privado; por el contrario, su esencia se encuentra en lo público. Entender lo público desde esta perspectiva schutziana permite comprender que, cuando se analiza la forma como los sujetos adquieren el significado de lo político, no existe un escenario más apropiado para

indagar, que aquellos espacios donde trascurren sus existencias, porque ellos se encuentran atravesados por un *corpus* comunicacional que hace posible dotar de significados las acciones y los objetos involucrados en las vivencias.

Precisamente, es esa virtud de entablar relaciones con los otros lo que permite que se dé eso que se ha dado en llamar “lo político”. De ahí que Arendt (1997), contrario a lo que advertía Aristóteles, considere que no existe en el hombre un sustrato inmanente de lo político, sino que “la política surge en el *entre* y se establece como relación” (p. 46). Se entiende, entonces, que el ser humano *per se* no se configura en un sujeto político, sino que, más allá de lo que es como individuo, necesita de un entramado social para conformar esta esencia, es decir, no basta con hacer parte de una sociedad para decir que somos seres políticos, y aunque, como lo pensara Arendt, su fundamento surge por “fuera del hombre”, debe ser construido por este a través de la interacción con el otro; esto significa que los sujetos políticos se van constituyendo en la medida en que actúan en una sociedad, en su mundo, en el “espacio entre”. Pero en la medida en que actúan interpretan el “significado” del accionar de los otros, y sirven de referente para su propia acción. Así, la interacción de los sujetos convierte lo político en objeto de significado que los actores interpretan e interiorizan en el proceso de socialización e interacción.

Aceptar que lo político es un objeto con significado implica necesariamente que se encuentre fuera del individuo como un objeto abstracto sin definición unívoca a la que cada actor como producto de su experiencia frente a él asigna significado y de acuerdo con este determina su accionar en tanto sujeto constructor de relaciones en lo público. En efecto, entender la dimensión de lo político de la manera en que lo hace Arendt (1997) conduce al análisis de sujetos que ejercen su libertad en un espacio público que puede ser creado, recreado y nombrado, en el sentido en que no se percibe desde una dimensión física, sino “como hábitat, como ámbito, como dominio, como arena, como esfera, en todos los casos se trata de algo que se posiciona *entre* los hombres; el *inter-esse*, lo que es común, lo que está en el medio, nos reúne, nos relaciona, nos separa, y nos concierne a todos” (Goyenechea, 2014, p. 244).

Asumir lo político en tanto espacio que concierne exclusivamente a los seres humanos es entender que se encuentra atravesado por un *corpus* comunicacional dotado de símbolos y significados que se entretajan en el “espacio entre”. De ahí que, como objeto dotado de significado, deba ser interpretado por los individuos antes de lograr una identificación que defina su conducta hacia este. La interpretación dependerá exclusivamente de la manera como el

“otro” presente el objeto dentro de la interacción, que incluye dentro de esta la socialización entendida como proceso dinámico de adaptación de la información a las necesidades del individuo.

La sociedad, escenario de la interacción, funge como espacio de vida pública donde transcurre el accionar político. En ella la interacción dota de significados a la acción política dentro de los grupos o comunidades que se convierten en un “otro generalizado” en la medida en que los individuos asumen como propios los significados del grupo o comunidad y, de esta forma, actúan en conjunto o en forma cooperativa. Para Ritzer (2002), “las personas son capaces de evaluarse a sí mismas desde el punto de vista del otro generalizado y no simplemente desde el punto de vista de otros determinados” (p. 266). Esto es relevante, porque permite que los individuos, una vez identificados, desarrollen actividades grupales organizadas, además de dirigir sus actividades en consonancia con los objetivos del grupo que representa el otro generalizado.

Encontrar el origen del significado en la experiencia escolar, por ejemplo, es entender que la escuela produce imágenes que actúan a manera de símbolos, pero que, además, es un ambiente construido antes de la biografía del estudiante para darles sentido a estas imágenes; es una especie de puesta en escena constante que permite una objetivación de lo que aparece como estructural en ella. El entramado normativo que permite la autonomía, la libertad de expresión, la elegibilidad por medio de la participación y otros dinamismos propios del acontecer escolar como las discusiones en las aulas dejan de ser para los estudiantes simples actos vacíos de significado para convertirse en imágenes asociadas a conceptos e ideas.

Ello ocurre porque los contextos en los que se desenvuelve la vida humana, que incluye la de niños y jóvenes en las escuelas, se tornan en escenarios de actuación donde quienes actúan lo hacen llevando consigo la carga de significados aprehendidos en los procesos de interacción con sus “congéneres”, es decir, los estudiantes aparecen dentro de sus contextos como “actores históricamente situados” que construyen y desempeñan roles fruto de procesos de aprendizaje que no se presentan en el vacío, sino en una maraña de significados. Es en este entramado de significados históricamente construidos que se conforman lo que Berger y Luckmann (2003) llaman “universos simbólicos”, transmitidos por medio del lenguaje, los gestos y los símbolos, donde se da la experiencia del estudiante que le permitirá la construcción de nuevos significados.

Las expresiones aparecen así como el vehículo de los significados transmitidos desde la intersubjetividad de la interacción social para ser interpretados dentro de

la dinámica de aulas y otros espacios de las instituciones educativas, tales como reuniones oficiales y espontáneas en pasillos, comités, grupos de estudio y actos cívicos, y dejar en evidencia la complejidad de un mundo construido por los símbolos que discurren en una estructura, convertidos en discurso por medio del lenguaje, y revisten de sentido la cotidianidad de esta. La posibilidad del estudiante de acceder a espacios de interacción dotados de significados en la escuela, como las izadas de bandera, la celebración de fiestas patrias, la elección de representantes, los debates públicos sobre cuestiones que atañen a la institución, las campañas preelectorales y los diversos comités a los que se vinculan como sujetos activos permiten un acercamiento al significado de lo público desde los primeros años de escolaridad; en palabras de Schütz (1993), “experimentamos así dentro del presente viviente la constitución efectiva de los objetos” (p. 108).

De esta manera, la simpleza del acto cotidiano de relacionarse con los otros en una amalgama de intersubjetividades enmarcadas en contextos institucionalizados o no adquiere sentido político en la medida en que es la puesta en escena de discursos e imágenes que develan el carácter plural de la condición humana y, por consiguiente, tal como lo hizo saber Arendt (1997), su carácter político. Es precisamente esta condición discursiva y simbólica exclusiva de los seres humanos la que marca la pauta en la determinación de los sujetos políticos. Esta condición no es privilegio de las sociedades que experimentan procesos deliberativos racionales en el sentido habermasiano, más bien aparece como característica del “estar juntos”, del actuar entre seres plurales. En consecuencia, la política no es una actividad que se escape de la cotidianidad de las personas, más bien está impregnada en todo su “mundo de la vida” en el seno de sus relaciones sociales.

La naturaleza social del individuo no implica que los sujetos de la acción pública sean todos iguales; por el contrario, para Arendt (1997), la “pluralidad”, entendida como “igualdad” y “distinción”, constituye el fundamento de la acción, esto es, la esencia de lo político. Así la asume Sánchez (2003), quien, haciendo una interpretación de la autora, se refiere al valor de este elemento como “marco existencial de la acción”:

En su teoría la pluralidad juega un papel fundamental. Es la condición necesaria previa para que se den la acción y el discurso. Bien podríamos afirmar que su presencia atraviesa todos los conceptos relevantes de su obra: acción, poder, espacio público [...] Y que, por el contrario, aquellas situaciones en las que no se respeta esa pluralidad van a quedar al margen de lo que constituye la esfera de lo político, por tanto la pluralidad vendría a ser la línea divisoria, la frontera a partir de la cual se establecen los límites y el espacio de lo político. (p. 171)

Lo político aparece así como la puesta en escena de identidades que a través de los roles se hacen evidentes en lo público. Este encuentro de seres únicos es posible, porque, más allá de sus singularidades, encuentran en el escenario de lo público un espacio para el afloramiento de su “yo”, es decir, del *self* socialmente construido, cuya manifestación se encuentra mediada por el discurso y la acción. En este proceso comunicacional atravesado por las palabras y los gestos, lo político se torna en símbolo que aflora en el discurso y en la praxis, y le da matiz a las relaciones sociales de sujetos únicos que discurren en la esfera pública, en escenario de consensos y disensos, todo ello en un “mundo” construido con objetos tales como las instituciones políticas que sirven de soporte y de espacio común para las relaciones de poder.

Entonces, los procesos de interacción generan una serie de relaciones sociales recíprocas y a la vez dialécticas que durante la vida de los individuos dan cuenta de un espacio común a todos; en virtud de ello, hablar en términos de lo político es entender este espacio como el escenario de la vida cotidiana, donde sujetos plurales confluyen y hacen evidentes una carga de significados provenientes de un “yo” determinante de roles. Lo anterior permite inferir que las personas tienen diversos escenarios donde participan, como la escuela, el trabajo o la familia; cada sujeto debe apropiarse del rol que sea exigido en cada espacio y actuar de acuerdo con los significados construidos formadores de su identidad; de igual forma, la identidad como sujeto político es desarrollada en los espacios de participación política.

Lo anterior permite entender que la conciencia política de los individuos, que sirve de acicate para la intervención en actividades públicas como portadores de intereses sociales (Garcés y Acosta 2012, p. 21), surge producto de una interacción con su prójimo con los que define las cosas u objetos que mayor significación tienen para *él* y hacia los cuales orienta su accionar. Por eso, “si bien el individuo es un ser social y el espíritu un producto de la sociedad, es imposible explicar su comportamiento a partir de las solas normas y roles socialmente definidos” (Carabaña-Emilio, y De Espinosa, 1978, p. 290), porque los individuos desarrollan un proceso de interpretación y construcción cognitiva de su mundo que les sirve para su actuación en determinadas situaciones.

El carácter colectivo de las formas simbólicas de la cultura y el “sistema de signos” constituyentes del lenguaje humano permiten dotar de significado el objeto político en la interacción, pero además propician la formación de espacios simbólicos dotados de códigos comunes que hacen posible la interacción conversacional a través del intercambio de imágenes, valores, opiniones y juicios; en

otras palabras, hace posible que los individuos compartan sus representaciones de lo político, tal cual ha sido concebido en su corriente de conciencia. Al hacerlo, no solo realizan un despliegue de un acto reflexivo de este objeto que han dotado de significado, sino que tienen la posibilidad de comunicarlos por medio del lenguaje para que sean interpretados por los “otros”, gracias a que se comparten códigos comunes.

El hecho de que sea desde la horizontalidad de la interacción social que se tejan los significados de la acción política deja poco espacio para la aceptación de que pueda existir una estructura condicionante de los papeles que desempeñan los individuos en tanto sujetos políticos. En consideración a esto, la política como espacio de lo público se determina por la acción de los individuos, que generan relaciones de poder entre ellos. Ahora, estas relaciones, al pertenecer al terreno de lo público como tareas colectivas, son caracterizadas, según Arendt (2005), por el discurso y la acción que develan la identidad del sujeto:

Mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de ninguna actividad propia. El descubrimiento de “quién” en contradicción al “qué” es alguien —sus cualidades, dotes, talento y defectos que exhibe— está implícito en todo lo que ese alguien dice y hace. (pp. 208-209)

En este sentido, el espacio público como “arena de la acción” permite un despliegue del accionar del ser humano en un espacio artificial construido intencionalmente, un mundo “compuesto por los objetos creados por las personas, tales como las instituciones políticas” (Sánchez, 2003, p. 267), que pueden abarcar aspectos materiales como culturales. En este mundo de objetos, surge un espacio común donde “los individuos se agrupan, se relacionan y se separan, pero lo que les mantiene unidos es precisamente la existencia de ese mundo común compartido” (p. 269). Es aquí donde se da la participación de los ciudadanos como acción humana colectiva, que, ya se ha dilucidado, se establece una interacción de individuos que actúan en reciprocidad, es decir, se presenta “un proceso consistente en definir al prójimo lo que ha de hacer y al mismo tiempo en interpretar las definiciones formuladas por los demás” (Blumer, 1982, p. 8).

Este proceso vinculante de unos actores que en calidad de ciudadanos hacen parte de un espacio común se configura en un aspecto trascendente en la medida en que su acción los inserta a ese “espacio entre”: el de la praxis, el de la política.

Un espacio que “solo es posible en un contexto de comunicación y presencia de los demás que habitan ese mundo que compartimos mediante nuestras palabras y nuestras acciones” (Sánchez, 2003, p. 125). Esto es lo que en Arendt configura “la idea de una comunidad cívica que se construye en torno a la participación pública de la ciudadanía” (p. 125). Un constructo derivado de la praxis política. Una militancia en la vida pública de un sujeto que se ocupa de las “cuestiones públicas” y no se contenta con dedicarse a sus asuntos privados; esto necesariamente conduce a una concepción dinámica en que no se *es* ciudadano, sino que se *tiene* ciudadanía. No existe una condición intrínseca del individuo que le brinde un estatus de ciudadano; más bien, esta condición está dado por su desenvolvimiento entre lo que Arendt llama “intereses públicos” e “intereses privados”. En palabras de Arendt (citado por Sánchez, 2003): “A través de su vida el hombre se mueve en dos órdenes distintos de existencia: entre lo que es suyo y también en una esfera que es *común* a él y a sus prójimos. El ‘bien común’, los intereses del ciudadano, es en realidad el bien común porque está situado en un mundo que tenemos en común, sin ser dueño de este” (p. 218).

La forma en que un individuo actúa asumiendo los roles de la comunidad o grupo hace parte de un proceso de aprendizaje que se da a través de la experiencia social desde los primeros años de su biografía. De este proceso de socialización emerge la figura del “otro significante”, es decir, aquellas figuras que ejercen influencia sobre las actitudes de las personas; de esta manera, se interiorizan concepciones y aprenden roles al ponerse en el lugar del otro significante, lo que deja entrever que la conciencia ciudadana que le permite a los individuos hacer parte de la esfera pública¹¹ es una derivación de la manera como estos interactúan dentro de un marco de significantes culturales.

Así, la esfera de lo público posibilita el despliegue de un “yo” socialmente construido por medio del aprendizaje de símbolos y significados que se convierten en referentes de acción para el individuo, esto es, el despliegue de comportamientos cuyo fundamento son los significados aprendidos que se comparten a su vez con otras personas. Pero esta interacción no ocurre en el vacío, sino que existe un entramado cultural, institucional y normativo que actúa como factor dinamizador de los papeles que desempeñan los individuos, porque pueden poner

¹¹ Se entiende aquí por *esfera pública*, tal como lo hace Arendt, “la arena de la acción”, como un espacio donde puedan exhibirse las distintas pluralidades y voces. Un espacio donde tiene lugar lo que realmente da sentido a la vida humana: la política centrada en el discurso y la acción, y donde se revela la identidad de los sujetos (Sánchez, 2003, p. 246).

límites o facilitar el actuar de estos; de igual forma, la estructura social señala los roles más significativos hacia los cuales se encamina el accionar de los individuos. Esta se convierte así, según Lennon (2006), en un “trasfondo común de orden simbólico (p. 31), de ahí que ese “espacio público” común difiera del construido jurídicamente. Más bien, como se ha venido señalando:

Lo público viene a ser el ámbito compartido que surge espontáneamente cuando dos o más hombres se reúnen para tratar de algo en común, es decir, el espacio dentro del cual discurre y se deja contemplar el actuar humano con su inherente pluralidad; un espacio sostenido por la igualdad y la diferencia, al mismo tiempo, de sus habitantes. Ese intersticio que nos separa y nos une a la vez. (Palacios, 2003, p. 52)

La participación ciudadana, entendida como acciones concretas en el *ámbito* local, ya sea como participación-argumentación, ya sea como participación-acción, se constituye en la fuente nutricia para la construcción de lo público, es decir, ese espacio de confluencia de intereses comunes que permite a los individuos mirarse en los “otros” y a partir de lo individual construir lo colectivo. Esto quiere decir que los sujetos que participan encuentran en lo político el escenario que les permite, a partir de su relación con los demás, verse objeto político en la medida en que construyen lo político.

Conclusiones

El estudio de las acciones políticas remite a relaciones cotidianas del aquí y el ahora. Un entrelazamiento de subjetividades en estructuras constituidas con anterioridad al despliegue biográfico de los individuos. Estas entran en el circuito de la interacción de los sujetos y reciben el influjo al convertirse en objeto signifiante, y al adquirir representación simbólica, se insertan en el entramado discursivo del sentido común, y determinan los cursos de acción del sujeto frente a ella.

El sentido de lo político, aquí establecido, ubica a los individuos como sujetos de acción política en la medida en que adquieren una conciencia, producto de la interacción con los otros y la estructura de significados que los cobijan. De la interacción entre individuo y el “otro generalizado” que es la sociedad deviene la conciencia, es decir, el conocimiento de un “sí mismo” producto del reflejo de la conciencia de un “otro” que se generaliza, lo que la convierte en un producto social definido por la interacción humana a partir de la experiencia social del individuo.

La dimensión social del individuo, su capacidad para interactuar con los otros por medio de símbolos significantes aprendidos en la interacción, configura un punto a considerar en su accionar político, porque la construcción de lo político en tanto objeto, en la manera como aquí se expone, solo es posible en la medida en que este se convierte en símbolo en la interacción con el “otro significativo”. En consecuencia, el accionar político es la praxis de significados que han sido interiorizados mediante un proceso natural de interacción y que se convierten en motor de acción, y a su vez configuran en el individuo una postura como sujeto político. De tal manera que todo análisis que se realice del ser humano en tanto sujeto político debe partir, no del análisis fenomenológico de un sujeto individualizado que acomete una serie de acciones en la esfera de lo público, sino más bien de la interpretación de los significados que se esconden más allá de su accionar.

La significatividad política que sirve de acicate para la praxis política es, en principio, de naturaleza discursiva, lo que devela el carácter representacional de lo que posteriormente habrá de convertirse en acción. Los conceptos que aparecen como símbolos de una realidad vivida, interpretada e interiorizada en los distintos escenarios donde se desenvuelve el mundo de la vida, configura el mundo subjetivo que da sentido a las acciones, y revela lo que Mead (1982) denomina “conducta encubierta”, es decir, formas de pensar y ver la realidad a través de los símbolos y significados interiorizados.

Referencias

- Acevedo, M. H. (2011). Aportes de la teoría social de Alfred Schütz para pensar la política y la acción colectiva. *Trabajo y Sociedad*, 15(17), 83-94. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3873/387334689007.pdf>
- Arendt, A. (1997). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Berger, P. & Luckmann, T. (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrurto Editores
- Blumer, G. (1982). *Interaccionismo simbólico: perspectivas y método*. Barcelona: Hora.
- Carabaña-Emilio, J. y Espinosa, L. de. (1978). La teoría social del interaccionismo simbólico: análisis y valoración crítica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1, 159-203. DOI: 10.2307/40176726
- Castillo, J.R & Naranjo, J.J. (2003). La comprensión de los grupos sociales: Imaginarios colectivos y representaciones sociales. *Ánfora*. 11(18). 146-160.
- Cisneros Sosa, A. (1999). Interaccionismo simbólico, un pragmatismo acritico en el terreno de los movimientos sociales. *Sociológica*, 14(41), 104-126. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3050/305026706001.pdf>
- Cortina, A. (1998). *Ciudadanos del mundo: hacia una teoría de la ciudadanía*. Madrid: Alianza.

- Garcés Montoya, Á. y Acosta Valencia, G. L. (2012). *Participación política juvenil*. Medellín: Universidad de Medellín.
- Goyenechea de Benvenuto, E. (2014). Hannah Arendt. La sociedad y la política. *Analecta Política*, 4(7), 223-248. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5206407>
- Lennon del Villar, O. (2006). Interaccionismo simbólico y educación. *Revista Electrónica Diálogos Educativos*, 6(12), 29-46. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/2473885.pdf>
- Lera, M.J. (2002). La naturaleza social del ser humano. En *Paradigmas en la educación y el desarrollo*. Recuperado de http://www.psicoeeducacion.eu/eduinfantil/Cap_IV_La_naturaleza_social_del_ser_humano.pdf
- Mead, G.H (1982). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona, Paidós
- Natanson, M. 1962. Introducción. En *El problema de la realidad social*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Palacios Cruz, V. H. (2003). El concepto del poder político en Hannah Arendt. *Humanidades: Revista de la Universidad de Montevideo*, 3, 51-74. Recuperado de <http://www.revistas.um.edu.uy/index.php/revistahumanidades/article/view/138>
- Ritzer, G. (2002). *Teoría sociológica moderna*. Madrid, España: McGraw-Hill.
- Sánchez Muñoz, C. (2003). *Hannah Arendt: el espacio de la política*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Schütz, A. (1962). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social: introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona, España: Paidós.